

Los Grupos Oxford y la Comunidad de Alcohólicos Anónimos

Por: Dr. Lenin Torres
Consejo Estatal Contra las Adicciones

En Akron, Ohio, en junio de 1935, de una conversación entre un corredor de Bolsa de Nueva York (Bill W.) y un médico de Akron (Bob S.), se produjo el destello que iba a convertirse en el primer grupo de A. A. Seis meses antes, después de un encuentro con un amigo alcohólico que había estado en contacto con los Grupos Oxford de aquel entonces, una súbita experiencia espiritual le había quitado al corredor de Bolsa la obsesión por beber.

También le había ayudado mucho el Dr. William Silkworth, un especialista en alcoholismo de Nueva York; por intervención de este médico, el comprendió la gravedad del alcoholismo. Aunque no podrá aceptar todos los preceptos de los Grupos Oxford, estaba convencido de la necesidad de un inventario moral, una confesión de los defectos de la personalidad, reparación a los dañados, así como de la necesidad de ser de utilidad y ayuda a otros y de creer en, y depender de Dios.

Los grupos Oxford representaban una sociedad compuesta en su mayor parte de gente no-alcohólica, que recalca la aplicación de valores espirituales universales a la vida diaria. Los Grupos Oxford de América estaban dirigidos por el renombrado clérigo episcopaliano el Dr. Samuel Shoemaker. Bajo esta influencia espiritual, y con la ayuda de su viejo amigo, Ebby T., Bill había logrado su sobriedad y había mantenido su recuperación trabajando con otros alcohólicos, a pesar del hecho de que ninguno de sus candidatos se había recuperado.

Antes de viajar a Akron, Bill W. había trabajado duramente con muchos alcohólicos, basándose en la teoría de que sólo un alcohólico podía ayudar a otro alcohólico; pero sólo logró mantenerse sobrio a sí mismo. Estaba en Akron por un asunto de negocios que, por haber fracasado, le dejó con gran miedo de volver a beber. Se dio cuenta repentinamente de que, para salvarse a sí mismo, tenía que llevar el mensaje a otro alcohólico. Ese otro alcohólico resultó ser el médico de Akron.

Ese doctor había tratado repetidas veces de resolver su dilema alcohólico por medios espirituales, sin poder lograrlo. Pero cuando el corredor de bolsa le comunicó la descripción dada por el Dr. Silkworth del alcoholismo y de la desesperanza de quien lo sufre, el médico comenzó a buscar el remedio espiritual de su enfermedad con una buena voluntad que nunca antes había tenido. Logró su sobriedad y, por el resto de su vida -murió en 1950- no volvió a beber. Esto parecía demostrar que un alcohólico podrá afectar a otro de una forma en que ninguna persona no alcohólica pudiera hacerlo. Indicaba también que un trabajo arduo y dedicado, de un alcohólico con otro, era vital para la recuperación permanente.

Desde ahí, los dos hombres empezaron a trabajar casi frenéticamente con los alcohólicos que llegaban al pabellón del Hospital Municipal de Akron. Su primer caso, uno muy extremo, se recuperó inmediatamente, convirtiéndose en el A.A. número tres. Nunca volvió a beber. Siguieron haciendo sus trabajos en Akron durante todo el verano del 1935. Hubo muchos fracasos, pero, aquí y allá, un éxito alentador. Cuando Bill W. regresó a Nueva York en el otoño de 1935, se había formado el primer grupo de A.A., aunque en aquel entonces, nadie se dio cuenta de esa realidad.

A los aún pocos seguros primeros grupos, les parecía que ya era hora de comunicar al mundo su mensaje y experiencia única. Esa resolución dio fruto en la primavera de 1939. En esa fecha, había alrededor de 100 miembros, hombres y mujeres. La sociedad, todavía en principios, y sin nombre, empezaba a conocerse ahora por el del título de su libro -Alcohólicos Anónimos. El periodo de volar a ciegas terminó, y A.A. entró en una nueva fase, la de sus tiempos pioneros.

Como mencionan los principios según los cuales el alcohólico individual podría vivir, se desarrollaron principios según los cuales los grupos de A.A. como un todo

pudieran sobrevivir y funcionar con eficacia. Se creía que no se podría excluir a ningún hombre o mujer de la Sociedad; que sus líderes podrían servir, pero nunca gobernar; que cada grupo debería ser autónomo y que no debería haber ningún tipo de terapia profesional. No habría honorarios ni cuotas; se cubrirían los gastos por contribuciones voluntarias. No debería haber sino un mínimo de organización, incluso en nuestros centros de servicio. Nuestras relaciones públicas se basarían en la atracción y no en la promoción. Se decidió que todos los miembros deberían ser anónimos ante la prensa, la radio, la TV y el cine. Y bajo ningún concepto, dar recomendaciones a entidades ajenas, forjar afiliaciones o meterse en controversias públicas. Esto era la sustancia de las Doce Tradiciones de A.A.



— volubles podrían vivir y trabajar juntos en sus grupos. ¿Podrían mantenerse unidos y funcionar con eficacia? Esa pregunta quedaba todavía sin respuesta. El mantener correspondencia con miles de grupos referente a sus problemas particulares llegó a ser uno de los principales trabajos de la sede de Nueva York.

Alcohólicos Anónimos no es una organización religiosa. Ni tampoco ha adoptado A.A. ningún punto de vista médico en particular, aunque cooperan mucho y muy a menudo con los médicos y los clérigos, y a la fecha podemos decir sin temor a equivocarnos, son el programa de recuperación y modificación de problemas relacionados con el alcoholismo, que mayores frutos ha ofrecido a la sociedad Mexicana y Mundial; desde su fundación a la fecha, y en un futuro que ambicionamos sea vasto y brioso. ④

Aunque ninguno de estos principios tenía la fuerza de regla ni ley, para 1950 habían llegado a tener una aceptación tan generalizada que fueron confirmados en la primera Convención Internacional, efectuada en Cleveland. Hoy día, la unidad extraordinaria de A.A. es una de las ventajas más grandes que tiene la Sociedad.

Según se iban superando las dificultades de la formación de estos grupos, la aceptación de A.A. por parte del público en general iba creciendo a pasos agigantados. Para esto había dos razones principales: el gran número de recuperaciones, y de familias reunidas. En todas partes, estos hechos dejaban su impresión. El 50% de los alcohólicos que llegaron a A.A. e hicieron un esfuerzo sincero, lograron la sobriedad y se mantenían sobrios; el 25% logró la sobriedad después de algunas recaídas, y, entre los demás, los que se quedaban en A.A., mejoraban. Otros miles llegaron a A.A. y, al comienzo, decidieron que no querían el programa. Pero muchos de ellos - alrededor de los dos tercios- empezaron a volver a A.A. con el paso del tiempo. En 1950, había en todas partes del mundo unos 100,000 alcohólicos recuperados.

Por muy impresionante que fuera ese desarrollo, la década de 1940 al 1950 fue una época de gran incertidumbre. La cuestión crucial era si todos aquellos alcohólicos